

Retrats

SONIA REVERTER BAÑÓN*

Ágnes Heller: la elección de una vida

«Lo fundamental es la elección»

Ágnes Heller

Si quisiéramos indicar una línea temática del trabajo filosófico de Ágnes Heller creo que ésta habría de ser la reflexión sobre la contingencia, la posibilidad de elección del sujeto humano, la configuración de su mundo y la libertad personal entre los márgenes de una y otra.

La vida de Ágnes Heller, como la de cualquier ser humano, está tramada de contingencias y elecciones que se van vertiendo en su obra de manera *fidedigna*, es decir, en el caso de una filósofa postmoderna (como nuestra autora se declara), de manera responsable. La responsabilidad de la elección convierten al individuo en creador de un mundo que es «su» mundo; pues, «cada persona es única y diferente» en su contingencia y en su elección existencial.

Esta idea creo que es precisamente el nudo que ata apasionada y responsablemente la vida y el trabajo de Ágnes Heller. Precisamente sus palabras, «mi trabajo es toda mi vida», han de interpretarse como una declaración de la armonía consciente de una mujer para la cual su trabajo es precisamente la elección y la construcción de su mundo, en definitiva, su vida.

Una vida que empieza con la contingencia de un aquí y un ahora; con el nacimiento, que es un accidente posibilitador de posteriores elecciones y responsabilidades subsiguientes.

La vida de Ágnes Heller empezó en Budapest en 1929, y esta es, sin lugar a dudas, una contingencia cuyo peso ha marcado irremediablemente elecciones posteriores.

Heller señala cómo la experiencia personal del Holocausto ha tenido una inmensa influencia a lo largo de toda su vida. Tal experiencia empieza con el asesinato de su padre, y seguirá con la muerte de muchos de sus amigos y amigas de la infancia. La segunda experiencia que marca su vida y su trabajo es la del

* Profesora de Filosofía de la Universitat Jaume I.

régimen totalitario en Hungría. Estas dos experiencias le hicieron preguntarse repetidamente: «¿cómo puede pasar esto?», «¿cómo podemos entenderlo?», «¿qué clase de mundo puede producir esto?». Preguntas que entraron a formar parte de su elección existencial, de una vida cuyo interés se centrará en reflexionar apasionadamente sobre los seres humanos y la moralidad, es decir, sobre los seres humanos y sus relaciones. En este sentido declara Heller que su filosofía se convirtió en un «sacrificio», si bien un sacrificio saludable y que sigue disfrutando.

En Ágnes Heller «su trabajo», «su filosofía», «su vida», serán términos claramente intercambiables, y ello es así precisamente por elección personal, por elección existencial de lo que ella quiere que sea su vida. Y es que en nuestra filósofa se pierde la distinción entre trabajo y creación, el trabajo no sustituye ni a la creación ni a la imaginación sino que lo complementa.

A los quince años, después de la segunda guerra mundial, se convirtió al sionismo albergando la ilusión de poder ir a Palestina, de donde creía que llegaría la redención. A los diecisiete años cambió sus ideales y eligió permanecer en Hungría, ir a la Universidad de Budapest y estudiar Química y Física. Empezó a asistir a clases de teoría de la relatividad, e inspirada por la lectura de la biografía de Marie Curie deseó llegar a demostrar algún día que las mujeres son tan buenas como los hombres en aquello que eligen y emprenden. Heller llegó a demostrar esto, aunque no en el terreno científico, como ella pretendía en sus sueños adolescentes, sino en el filosófico.

Una contingencia la llevó a una nueva elección. Su novio de entonces, estudiante de filosofía, quiso que le acompañara a una clase de György Lukács sobre Filosofía de la cultura. Ágnes Heller, convencida de que la filosofía era algo enteramente inútil se negó. Posteriormente aceptó, fue a la clase, se sentó y se dio cuenta de que no entendía ni una palabra de lo que Lukács estaba diciendo. Sólo comprendió una cosa: que aquello que el profesor Lukács decía le parecía lo más importante que nunca jamás había escuchado; y por tanto, debía entenderlo. Intuyó inmediatamente que era algo como el horror del Holocausto: estaban ambas experiencias directamente relacionadas con el sentido de la vida, y aunque ella no podía entenderlas, decidió que dedicaría su vida a ello.

Así, a los dieciocho años abandonó las ciencias y empezó a estudiar filosofía, convirtiéndose inmediatamente en alumna de Lukács. Comprendió que si quería entender el mundo, la filosofía era su destino y su elección. Como Ágnes Heller reconoce, esa fue seguramente la elección más determinante de su vida. La elección de dedicarse a la filosofía es para Heller una elección seminal; no importa qué hagas luego, o cuan buena o mala sea la filosofía que desarrolles, porque lo importante es que elegiste un camino dedicado a entender el mundo; y con esa elección «ya has traspasado algo», aunque no se sepa muy bien qué.

Fascinada por la filosofía y por el profesor Lukács decidió dar un giro a su vida: se unió al partido comunista en 1947, con dieciocho años; y fue expulsada

dos años después («Nadie *dejaba* el partido. Todos eran *expulsados*»). Fue aceptada de nuevo en 1954 y expulsada por última vez en 1958.

Heller nunca dejó que nada cuestionase su elección fundamental: la filosofía. Durante los años del régimen totalitario la política se convirtió en incompatible con la filosofía. La política del partido hacía imposible dedicarse a la filosofía, pues marcaba una línea férrea a seguir contraria al pensar libre de la filosofía. Como Lukács, Heller anhelaba una forma de comunismo democrático que se apartara del comunismo totalitario fundado en la U.R.S.S. Soñaba con un socialismo que trajera a su país tanto la posibilidad de independencia como de liberación política. La revolución húngara de 1956 fue el evento político más importante de la vida de Heller, pues como ella afirma «fue la única revolución socialista en nuestra historia». Y fue importante porque por un momento los márgenes, los olvidados, los perdedores de la historia, se convirtieron en centro; como en París en mayo de 1968. Es cierto que luego retornaron a los márgenes, pero lo importante es retener en la memoria histórica esos momentos. Saber que fue y es posible. Ser testigos de las posibilidades que hay para mundos nuevos más creativos, más justos y más libres. La memoria histórica nos enseña que ello es posible.

Lukács participó en la revolución del 56 como miembro del gabinete revolucionario, con nombramiento de Ministro de cultura. Inmediatamente después de la revolución fue deportado a Rumanía; cuando volvió a Hungría nunca le permitieron enseñar de nuevo. Se convirtió en una persona totalmente privada, no pudo siquiera tener invitados en su casa. Sólo un reducido número de personas le fueron fieles, le visitaron y continuaron su relación con el profesor. Ágnes Heller fue una de esas personas.

El partido comunista húngaro sacó una resolución contra un grupo de filósofos y sociólogos, en su mayoría amigos y estudiantes de Lukács, llegando en 1973 a lo que se conoce como «el juicio a los filósofos». La esencia de la resolución era apartar de las instituciones científicas húngaras a todos aquellos que fueran «hostiles» al marxismo-leninismo. Así es como el gobierno húngaro impidió a intelectuales trabajar en cualquier institución. Mucha gente, entre ellos Ágnes Heller, fueron forzados a dejar sus trabajos en el Instituto de Filosofía y en el Instituto de Sociología, convirtiéndose así en «parados teóricos», pues el Partido ni siquiera admitía oficialmente que hubiese paro. Sin posibilidad legal de trabajar en algo, Heller se quedó sin trabajo durante unos años, hasta que decidió abandonar su país.

Ella misma explica cómo lo peor no fue quedarse sin trabajo, sino estar sometida constantemente a acoso y vigilancia policial, espiada en su propia casa. El marido de Ágnes Heller, el filósofo Ferenc Fehér, llegó incluso a estar en prisión por unos días. Frente a esta situación, su vida era un infierno en su propia casa, determinó junto a su marido que había que abandonar. De nuevo tomó una decisión que pudiera llevarla a seguir comprendiendo los horrores del ser

humano. Necesitaba primero un trabajo en el extranjero, pues era requisito imprescindible para obtener el pasaporte. Un amigo que había emigrado anteriormente presentó una solicitud de trabajo para Heller en Australia, solicitud que fue aceptada. Ágnes Heller pudo así conseguir el pasaporte y abandonar el país en 1977. Marchó a la Universidad de la Trobe, Australia, donde impartió clases de sociología y filosofía. En 1986 siguió su exilio en Nueva York, donde sigue trabajando de profesora de filosofía en la New School of Social Research.

Su condición de exiliada es voluntaria, fue su propia decisión. Heller admite que nadie la echó de su país: «Nunca diría que fui forzada a la emigración». Simplemente eligió de nuevo poder seguir haciendo filosofía, dedicándose al intento de entender todo aquello que concierne al ser humano, que seguía y sigue mostrándose incomprensible. No quería vivir como una paria: «Sólo se tiene una vida y yo realmente quería hacer filosofía, tenía que escribir filosofía. No quería jugar su juego y no quería vivir como una paria, así que decidimos abandonar».

Convencida de que jamás se puede tener la explicación completa de la historia ha intentado en numerosos libros y artículos responder a muchas de sus preguntas acerca del totalitarismo, el holocausto, las dictaduras... Y ha analizado pacientemente a lo largo de sus escritos el porqué hay sufrimiento en el mundo. En esa búsqueda Heller ha elaborado algunas teorías acerca de la historia, la moral y la modernidad. Y si se puede afirmar una característica humana que se manifestó abiertamente en los regímenes comunistas ésta es: «La esencia es buena, pero las apariencias son horribles». Esta máxima, cree Heller, ayuda a entender tanto las simpatías que en ella misma despertó el socialismo y el Partido comunista inicialmente en su juventud, como la repulsa que produjo luego la aplicación de tales ideales. En su teoría de la modernidad, Heller defiende que ese es precisamente el aspecto clave para entender la modernidad: pues ésta no es sino un proceso que hace de las «apariencias» lo real, y de la «esencia» una ilusión. Pensamos que «mundo moderno» significa desarrollo, progreso, y la solución a todos los problemas que el mundo premoderno dejó. Pero eso no es así, y Heller cree que son nuestras expectativas las que están equivocadas. La modernidad ha triunfado, ha llegado a todo el mundo, hemos globalizado sus ideales y convertido el mundo en una linealidad científica, económica, política y social donde hemos reducido drásticamente nuestras expectativas morales. Esto no crea sino lo que Heller denomina una «sociedad insatisfecha» donde se crean, se perciben y se distribuyen necesidades que aumentan la insatisfacción; independientemente de que una necesidad concreta pueda satisfacerse realmente. La insatisfacción opera así como «potente fuerza motivadora de la reproducción de las sociedades modernas». ¿Cuál es la solución? Ágnes Heller declara siempre que en sus libros no hay soluciones. Nunca podrá darse una única respuesta ni una única y absoluta solución. Ello es precisamente el horror que puede generar la modernidad. Heller parece que nos sugiera que hay que

seguir preguntando sin anhelar llegar a agotar las preguntas. Hay que seguir preguntando «¿por qué?», «¿por qué razón?», «¿para qué fin?». Hay que seguir haciendo «todas las preguntas que los niños hacen y los adultos no logran contestar».

El pensamiento de Heller se sitúa aquí en la línea de un pluralismo postmoderno que sospecha de cualquier promesa del cielo en la tierra. Heller es escéptica de expresiones como «el final de la historia», «el final del totalitarismo», y «nunca otra vez». El desencanto con la democracia y con la vida (de nuevo la insatisfacción continua de las sociedades modernas) podría llevarnos otra vez a situaciones de horror, de totalitarismo y de represión absoluta.

¿Qué pueden hacer los intelectuales frente a este panorama? También ante este interrogante se mantiene escéptica nuestra autora. Nada termina, ni la historia, como Fukuyama ha proclamado recientemente, ni el arte, como Hegel dijo en 1820. No hay final de nada, no hay un gran final porque no hay una gran meta. Estamos en un periodo de decadencia, de crisis, de cambio. Siendo postmoderna resuelve que hay que establecerse en la estación de ferrocarril del presente. No podemos ver toda la vía, ni entender completamente las estaciones anteriores ni obsesionarnos con aquellas a las que un día iremos. Es la estación del presente la que cuenta. Por ello la tarea más bella para alguien que elija la filosofía ha de ser la tarea de buscar un lenguaje común. Pero no para cerrar las cuestiones, sino para seguir la discusión.

¿Qué podemos hacer todos? ¿Qué podemos hacer cada uno/a? Heller se declara simultáneamente colectivista en individualista. Hay que tener una causa común, «levantarse por la mañana y averiguar cómo puedes contribuir a la causa». Pero también hay que saber ser un individuo. Precisamente un individuo que elige, contingente y libremente, las causas que le van a motivar cada mañana al despertar, que le van a apasionar en la lucha junto a otros. Heller quiere expresar esto al aseverar que la elección es siempre lo fundamental. Hay tantos mundos como personas, y por ello la creación de nuestro mundo, de nuestra vida, es algo subjetivo (de ahí el individualismo de Heller). Ahora bien, Heller hace hincapié en que ese mundo habrá de ser compartido, pues si no compartiéramos un mundo no podríamos tener un mundo propio (y de ahí su colectivismo). Y esa es la belleza a la que puede aspirar el ser humano: a crearse un mundo donde poder habitar. Un mundo personal que no anule diferencias entre *mi* mundo y *tú* mundo, sino que comparta. Porque una vida auténtica, apasionada y libre, es una vida compartida. Ser-en-un-mundo es también compartir la casa donde se habita. Y ello lo expresa Heller con una prosa escueta, contundente y bella: «Aquellos que nunca compartieron una historia nunca vivieron».

Es en la elección de un mundo subjetivo, en el compartir las razones que cada uno tiene para luchar por un mundo, que Heller se hace crítica de la modernidad. Una modernidad que se ha manifestado muchas veces de manera

fundamentalista, haciendo difícil conservar la distinción entre «este mundo» y «el otro mundo». Desde una filosofía postmoderna Heller intenta respetar y mantener las diferencias, pues al igual que en un árbol no encontramos dos hojas iguales, no podemos anhelar dos mundos idénticos. Por ello, alejándose de las obsesiones de la modernidad, defiende que no hay que pensar en «la gran razón» que unifica perspectivas: «... la diferencia entre *tu mundo* y *mi mundo* sigue en pie y también el carácter idiosincrásico de todo mundo individual; la diferencia y la singularidad no son superadas». Y ahí precisamente estará el límite de nuestra elección, el límite de la creación de un mundo. ¿Qué mundos podemos crear? Aquí Heller responde con una fuerza esperanzadora difícilmente superable: «Se puede intentar lo imposible, porque no se sabe si es imposible en un sentido absoluto».

Creo que no cabe una defensa más apasionada de las posibilidades que los humanos tenemos de crear mundos mejores. La propia vida de Ágnes Heller ha sido y sigue siendo una vida dedicada a ejemplificar esa fuerza creadora que todos los humanos poseemos. Una vida que nos demuestra que el mundo es más amplio que el que cada uno/a de nosotros/as tenemos. La vida de Ágnes Heller, como la de todas las personas, es su creación más importante. Su trabajo, su filosofía, su creación, su imaginación, su elección, su mundo, su relación con los otros mundos, su vida, coinciden en un nudo que es su propia persona. Por ello, cuando se le pregunta por un consejo para la gente joven de hoy en día, ella responde: «Ninguno. Cuando era joven odiaba que la gente mayor me diera consejos».

Seguimos su consejo, creemos nuestro propio mundo y recordemos que lo imposible sólo lo es desde la perspectiva de uno de los mundos que así lo ha decidido. La elección está abierta.

P.S: Ágnes Heller sigue dando clases en Nueva York donde reside y donde es profesora de Filosofía y Ciencias Políticas en la New School of Social Research. Colabora con las universidades húngaras de Budapest y Szeged.

BLIBIOGRAFÍA DE ÁGNES HELLER EN ESPAÑOL

- (1999) *Una filosofía de la historia en fragmentos*. Editorial Gedisa.
- (1998) *La revolución de la vida cotidiana*. Ediciones Península.
- (1998) *Teoría de las necesidades en Marx*. Ediciones Península.
- (1998) *Aristóteles y el mundo antiguo*. Ediciones Península.
- (1996) *Una revisión de la teoría de las necesidades*. Ediciones Paidós Ibérica.
- (1995) *Ética general*. Centro de Estudios Constitucionales.
- (1995) *Biopolítica: la modernidad y la liberación del cuerpo*, Heller Ágnes y Fehér Ferenc. Edicions 62; Península.
- (1994) *El péndulo de la modernidad: una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo*, Heller Ágnes y Fehér Ferenc. Edicions 62, Península.
- (1992) *De Yalta a la glasnost*, Heller Ágnes y Fehér Ferenc. Editorial Pablo Iglesias.
- (1991) *Historia y futuro: sobrevivirá la modernidad?*. Edicions 62; Península.
- (1991) *Sociología de la vida cotidiana*. Edicions 62; Península
- (1990) *Más allá de la justicia*. Editorial Crítica (Grupo Planeta).
- (1989) *Políticas de la postmodernidad: ensayos de crítica cultural*, Heller Ágnes y Fehér Ferenc. Edicions 62; Península. Reedición en 1998.
- (1985) *El hombre del Renacimiento*. Edicions 62; Península.
- (1985) *Anatomía de la izquierda occidental*, Heller Ágnes y Fehér Ferenc. Edicions 62; Península.
- (1985) *Sobre el pacifismo*, Heller Ágnes y Fehér Ferenc. Editorial Pablo Iglesias.
- (1984) *Crítica de la Ilustración*. Edicions 62; Península.
- (1983) *Mensaje de la revolución húngara*, Heller Ágnes y Fehér Ferenc. Editorial Hacer.
- (1980) *Instinto, agresividad y carácter*. Edicions 62; Península.